



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 6 DE NOVIEMBRE DE 2022

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

Cuando la comida es el problema

ROCAS QUE BRILLAN CUANDO SE HUNDEN
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Sentado sobre el tapete de yoga, primero erguido y con las piernas estiradas, Leonardo intentaba alcanzar la punta de sus pies con las manos; pero los nudos musculares en la espalda le impedían lograrlo. Había estado esperando toda la mañana a que el repartidor de DHL timbrara a la puerta, por lo que tenía un oído atento a cualquier toquido y el otro pendiente de la clase que observaba a través de YouTube, en su laptop sobre una silla del comedor. El papelito que esperaba recibir era su título universitario de ingeniero en sistemas, el cual le permitirá dar clases a partir del siguiente enero. En ningún trabajo se lo habían solicitado, él simplemente llegaba a cada oficina después de ser contratado, a programar en su computadora, por lo que siempre lo mantuvo arrumbado en un clóset en casa de sus padres, en Saltillo. Y ahora, para enseñar en una universidad de la Ciudad de México era requisito indispensable mostrarlo. No podía entregar una copia digitalizada, sino llevar físicamente el pedazo de cuero de marraño firmado por el secretario de educación de Coahuila, al director de recursos humanos de la universidad.

Le habían anunciado los horarios en que impartiría clases: martes y jueves de nueve de la mañana a una de la tarde. Aparecieron los nudos musculares. Ocho meses antes, había renunciado a su trabajo de once de la mañana a once de la noche en una empresa transnacional que hacía todo tipo de software. Detestaba su trabajo como quien llega a los ochenta años haciendo la misma labor diaria desde los veinte. Aunque él, a sus treinta y cinco y luego de un accidente vial que por poco lo deja sin vida, tuvo que reflexionar sobre sus propósitos existenciales. Llegó a la conclusión de que era momento de perseguir su verdadero sueño: ser escritor. En los talleres literarios le advirtieron: de esto no se puede vivir y necesitarás dos años para aprender el oficio. Lo que lograba muy bien era emborracharse en las tertulias literarias e impregnarse la ropa de todo tipo de humo: de vaporizadores afrutados hasta marihuana, pasando por los aromas del tabaco de cigarrillos y puros.

Luego de seis meses comenzó a preocuparle que se le agotaría el dinero y cada vez escribía menos; pero le vino la idea que solucionaría su problema: emprender su propia consultora de software. ¿Cómo se instala un negocio? A once cuadras del lugar donde vivía encontró una incubadora. ¿El siguiente inicio de cursos? Enero. Los martes y jueves de nueve de la mañana a una de la tarde. Exactamente el mismo horario que le encontraron disponible para enseñar en la universidad. El salario universitario, por si fuera poco, no le sería suficiente: más de la mitad se le iría en pagar la renta del cuarto donde vivía. Seguiría comiéndose sus ahorros hasta desaparecerlos por completo. Literalmente se irían al caño.

Y aún le quedaba el auto, que podía vender. Pero su decisión de dejar su trabajo para ponerse a escribir simplemente iba hundiéndose como roca bajo el mar. Empantanado en preocupaciones, cada vez que encendía su computadora para



escribir un poema o una historia, el tiempo se le iba en observar la página digital brillante, en blanco, mientras una lágrima le recordaba que, en ese estado, la mente no producía nada, excepto miedo que lo congelaba bajo el estrecho de Bering. Se levantaba para caminar por el departamento que compartía con una señora de setenta años, a quien le robaba un poco de comida del refrigerador para no gastar, buscando ideas y las ideas solo le estremezaban repitiéndole la misma frase de distintas formas: se quedaría sin un centavo, hasta no contar con recursos para pagar la renta, ni comer.

Comenzó a hacer cuentas. “Tengo que lograr vivir con tres mil quinientos pesos al mes”. Encendió su computadora. Se puso a programar en Python: Una aplicación que, cada vez que hiciera un gasto, le recordaría cuánto le quedaba en su saldo. Al día siguiente tuvo un prototipo. “¿Y si empleo un software de inteligencia artificial que me recomiende qué comer cuando lo alimento con los precios del supermercado?” Comenzó a comer una, en lugar de dos quesadillas en el puesto de la esquina. Dejó de comprar quesos. Dejó de comprar jamón. Comenzó a alimentarse con lechuga y jitomate por las noches y a prepararse un smoothie de chayote, plátano y jugo de limón por las mañanas. “¿Y si vendo este software?”

El éxito comercial de su idea ya es historia. Leonardo escribe despreocupadamente frente a un ventanal que mira a un jardín de bambús. Mientras tanto, su software genera ingresos suficientes para que él cuente historias sobre los aspectos más triviales... pero a la vez, los más hermosos de la vida.

¿COMER O NO COMER, HE AQUÍ EL DILEMA?
OLGA DE LEÓN G.

Seguramente muchos de vosotros, los menos afortunados para mantener su cuerpo en un peso estable, habrán

escuchados muchas opiniones y recomendaciones para adelgazar, para perder los kilos de más que cargamos no solo en la espalda, no, ¡qué va!, en el abdomen, en las piernas, en las pantorrillas, en los brazos... ¡Vaya!, hasta bajo la barbilla, formando esa despreciable papada y en las mejillas, que se pierden y la gente nos las llama “cachetes”. Sí, la gente presumida, la que tiene un excelente metabolismo y nunca ha sabido lo que se sufre por ser o estar “gordo o gordito”.

Sobre este tema, el otro día, estando en casa de sus padres, el hijo empezó a disertar:

- ¡No, mami!, así nunca podrás bajar de peso. La comida engorda, toda; lo que sea que comas te engordará. Necesitas dejar de comer... por lo menos en la noche: ¡No cenas!

- ¿Ni lechuga con pepino, oliva y limón? - No, ni eso; ¡nadad!

(Alguna vez, había escuchado a un médico decirle, si no toma agua, hasta la lechuga la engordará)

Luego, otro día, la hija, viendo que me negaba a cenar, me dijo:

- Necesitas hacer tus tres comidas principales, según la dieta que te dio la Nutrióloga y las dos colaciones. Tus tres comidas principales deben incluir proteína, carbohidrato, fruta y verduras. No dejes pasar ni una sola comida: ¡si no comes, engordarás!

El refrigerador luce generalmente con una o dos hojas impresas, o cartoncillos con dietas vs. el hipotiroidismo. Y ella, la que necesita tumbarse unos diez o doce kilos de encima, por lo menos, sabe bien lo que debe y no debe comer. Por lo general su dieta es buena y balanceada. Pero... -si hay uno o dos “peros”, se le olvida tomar agua. Puede vivir, sin importar la época del año, con medio vaso de agua o máximo medio litro... Y, eso, ya en la noche... porque como de día olvidó tomar agua, se acuerda antes de irse a dormir, y toma... unos cuantos

tragos con las pastillas de rutina; ¡adivino usted, estimado lector!: no llega a ingerir ni medio litro.

Y, los que no comen porque no tienen qué comer... Cómo desprecio la posibilidad cuando la tengo enfrente... Acaso deberé repartir mis alimentos con los que menos tienen... No sería una mala idea... Y si luego se acostumbran y vienen a diario a que les dé mi comida... Y si agarran confianza y se traen a sus vecinos y parientes...

¡No! Ya tengo pesadillas con eso. Debo encontrar otra solución: ¿Volverme menos autosuficiente, más pobre, comprar menos comida o prescindir totalmente de la comida chatarra y los antojitos engordadores? Sí, ¡eso es! ...

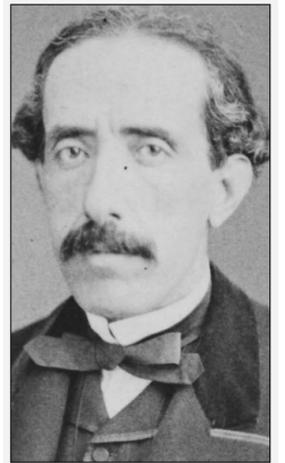
Y, la mujer, entre dormida y somnolienta, empezó a dilucidar que estaba escribiendo un cuento, cuando la tortura de su obesidad le cayó sobre su consciencia medio adormilada. ¡Qué bueno!, que ya me desperté: iré a poner unas palomitas en el micro, para despabilarme aún más y seguir escribiendo...

Así pasa con quienes tienen un poco de conciencia sobre lo que está bien y lo que no. Volvió al escritorio con un gran bol de bambú rebosante de palomitas de maíz, y un vaso de agua de flor de jamaica sin azúcar: ¡eso se llama, balancear! O, ¿no?

No tengo remedio, se decía para sí misma, sin soltar aún las palomitas; pero, estas serán las últimas... Me lo juro a mí misma, o me llamaré “Pánfila”.

Tenía una hada de la conciencia que cuando leía sus pensamientos, y justamente, algunos como estos, soltaba la carcajada y le decía: -Pero, si Pánfila ya te llamas desde hace mucho, como que nunca te cumples tus propias promesas. Ella se molestaba, pero no podía replicarle nada. Sabía bien que su hada de la conciencia, tenía razón de sobra.

- Entonces, qué puedo hacer para bajar de peso: ¡comer o no comer!: “He aquí el dilema”.



Severo Catalina del Amo

Severo Catalina del Amo (Cuenca, 6 de noviembre de 1832-Madrid, 19 de octubre de 1871) fue un político y escritor español, tío del escritor Mariano Catalina Cobo (1842-1913).

Sus primeros estudios los hizo en Cuenca trasladándose en 1845 a Madrid a la Universidad Central, donde estudió Derecho y Filosofía y Letras. Al terminar la carrera, obtuvo la Cátedra de Hebreo. Pasó muchos años de su vida en la localidad guadalajaraña de Budía.

Muy pronto se inició como periodista, escritor y político. Empezó en el periódico local El Reformador Conquense y después, ya en Madrid, colaboró en publicaciones como El Sur y El Estado —fundado por Ramón de Campoamor, quien prologó su ensayo más famoso, La mujer, que llegó a ser reimpresso 115 veces en siglo y medio— y en El Horizonte, del que llegó a ser director, tendiendo siempre al ala más conservadora del espectro.

Se casó con Teresa Enriquez y Antolínez de Castro, de familia noble, del pueblo de Herencia (Ciudad Real). En un principio esta familia no admitió este enlace porque Severo no era hidalgo. No tuvo descendencia. Escribió un ensayo bastante progresista sobre la condición femenina, para haber sido escrito por un moderado.

Ingresó como académico en la Real Academia Española el 25 de marzo de 1861. En 1863 logró ser elegido diputado por Alcázar de San Juan y más tarde por Cuenca hasta 1868. Durante esta época fue (en 1864) Director General del Registro de la Propiedad y Director General de Instrucción Pública (en 1866). Durante su mandato en Instrucción Pública permitió el total y libre acceso al Archivo General de Simancas al investigador alemán Gustav Bergenroth, cosa que no hizo su predecesor.

Muy poco antes de La Gloriosa de 1868 ocupó dos carteras ministeriales, la de Marina (13 de febrero de 1868-23 de abril de 1868) y la de Fomento, en los Gobiernos de Ramón María Narváez, Luis González Bravo y José Gutiérrez de la Concha. Acompañó a Isabel II al exilio y la soberana le encargó varias misiones confidenciales, una de ellas a Roma. Regresó a España en 1871, reinando Amadeo I, falleciendo poco después.

Mónica Lavín

La mudanza

Mudarse es inventariar la vida. Es revisitarse. Desconocerse y palpar el paso del tiempo y sus formas cambiantes. Es encontrarse con tarjetas de presentación que ya no se usan pero llevan tu nombre y las ha diseñado tu hija y no quieres tirarlas a la basura. Mudarse es tirar un poco de uno a la basura. Y, aunque te resistes con las fotos, decides salpicar el basurero de tiras de negativos, con imágenes que ya nadie verá. Y luego están los folders, decenas de folders que resguardan impresos que ahora habitan, si es que habitan todavía, la computadora. Y las calificaciones escolares y dibujos de las hijas niñas. Guardamos la historia que nos precede: laboral, creativa, familiar, amorosa, secreta, íntima. Y el día que la mudanza la violenta, tomamos decisiones. ¿Quién habrá de revisar nuestros cajones el día de nuestra muerte?, ¿quién decidirá sobre nuestros textos y objetos? Todavía es mío el privilegio. Me topo con los guardados de mi propia madre, decantados de entre una y otra revisión por la pulcritud que la caracterizaba. Ahí está esa carta de sus 15 años en la ciudad de Oaxaca con una familia amiga de la suya. Encuentro a la adolescente asombrada, juguetona, haciendo bromas a los hermanos. Me vuelvo a preguntar que hay que salvar de la hoguera personal. Pero estoy hablando de la

muerte y una mudanza es una renovación, que exige el sacrificio de alguna parte del pasado. Una mudanza es mudar de piel y ponerse en carne viva dispuesto a vestirse con un paisaje renovado, con otros ruidos, otra luz, otros vecinos, otras costumbres, otros problemas, otra manera en que llegue el aroma del café a la habitación.

Una mudanza convoca las mudanzas anteriores. La de vivir fuera del ámbito familiar en los años jóvenes, la de la vida en pareja recién inaugurada, la forzada por el sismo del 85, la forzada por la mudanza de los padres, la inevitable y dolorosa por la separación de la pareja. Siempre la invención de estados de vida con su proyección de futuro y su estela de pasado raspando el piso como los botes de los coches de los recién casados. Uno no se puede ir de puntitas sin que nadie lo note. La mudanza es alharaca. Cuánta caja con libros. Qué difícil desapegarse de ellos. La biblioteca personal es nuestro tablero de salvación, los libros son boyas para encontrarnos y extender el tiempo hacia los horizontes que todavía no hemos tocado en la lectura. El más allá está en el librero. No podemos despojarnos de ese horizonte ni convertir la biblioteca en un museo de lecturas. Y las libretas, tantas libretas, tanta tinta echada por aquí por allá que a



nadie le va a importar. Es preciso verterlas como cascada de tiempo sobre la indiferencia del basurero. Y aún así por más ligereza que busquemos, arrastramos ataduras como los cimientos que no se pueden demoler. Mudarse es hacer una limpia no sólo de objetos sino de adentro. Y uno es muy agarrado. Cuánta revista cuenta nuestros pasos.

El basurero engulle goloso los artículos con los que nos hemos ganado la vida y uno que otro lector.

El clóset es más fácil. Observo que

hace más de cinco años que mi cuerpo no se enfunda en ciertas prendas, que mi cuerpo ya es otro, y construyo una pequeña montaña. Salvo del desprecio algunas prendas, herencias que son insensatas y me permiten narrar a la familia.

No quiero mudar al polvo que ha revoloteado en este mover de trebejos. Que se asiente y se vaya, que permita estrenar la nueva piel en tal vez el postrer anhelo de vestir el paisaje de todos los días de una forma diferente.

ad pédem literae

Nadie es inútil en este mundo mientras pueda aliviar un poco la carga a sus semejantes

Charles Dickens

Letras de buen humor

Los hombres son como los vinos: la edad agria los malos y mejora los buenos

Cicerón